



Centro de Estudios  
Económicos Argentina XXI

**¿Saboteo externo o boicot interno?: el caso  
de las recesiones argentinas**

**Ignacio Zorzoli**

Agosto de 2020

## 1. INTRODUCCIÓN

La historia económica reciente de Argentina está marcada por una continuidad de constantes caídas del PIB. Desde comienzos de la década de 1950 y hasta el año 2019, fue el país que más tiempo pasó en recesión, sólo superado por la República Democrática del Congo. En estos últimos setenta años de historia, el PIB se contrajo en catorce oportunidades, un lamentable récord que nos toca experimentar sin importar la edad que tengamos.

Lo relevante y a la vez preocupante, es que la mitad de dichas recesiones se concentran desde mediados de la década de los '90 hasta la actualidad. Es decir que la aceleración de la destrucción de nuestra economía es cada vez mayor si comprendemos que en el último tiempo el país experimentó una crisis caída del PIB cada tres años y medio.

Podríamos argumentar que Argentina no es más que un reflejo de un mundo convulsionado y que su tardío y aún postergado desarrollo económico lo mantiene a merced de las condiciones exteriores. Sin embargo, cuando analizamos la situación del resto de los países nos encontramos que, en los mismos 25 años de decadencia económica de nuestro país, el mundo experimentó solo dos recesiones. En primer lugar, podemos contar la crisis de las empresas ".com" de la década de 1990 y en segundo lugar la recesión producto del estallido de la burbuja de las hipotecas "subprime" entre los años 2008-2009.

Es decir que el contexto externo no explica los vaivenes económicos y la alta volatilidad en el crecimiento de las economías. Esto nos plantea el interrogante de cuáles son los motivos por los cuales Argentina no experimentó el crecimiento económico que sí tuvo el resto del mundo.

En el intento de responder esta pregunta surgen una serie de explicaciones, algunas que colocan las responsabilidades en el ámbito local. En esta tendencia se puede ver algunas respuestas dirigidas a criticar la mala administración de los fondos del Tesoro nacional y al sostenimiento de un continuo y acentuado déficit fiscal.

Por otro lado, surgen una serie de explicaciones que, por el contrario, colocan al país como una víctima de las condiciones internacionales cuyas acciones son solo respuestas a las condiciones adversas que se plantean desde el exterior. En ese sentido surge la ya conocida hipótesis *Prebisch-Singer* sobre la tendencia secular al deterioro de los términos de intercambio de las manufacturas de origen industrial respecto de las *commodities*. Esto lleva a la escuela estructuralista latinoamericana a proponer como explicación de las recurrentes crisis económicas de nuestros países los conocidos ciclos de "stop & go", producto del crecimiento acelerado de las divisas necesarias para sostener una industria en desarrollo frente a las que aporta un sector primario con evolución más lenta y que, como agregado, presenta términos de intercambio que se vuelven cada vez más desfavorables. Así, el crecimiento queda truncado porque los bienes de producción y de capital importados por nuestra industria en desarrollo son imposibles de pagar con los bienes primarios exportados,

con términos de intercambio cada vez peores que devienen en cuellos de botella y fuertes devaluaciones de la moneda, caída del salario real y demás problemas macroeconómicos.

El presente trabajo intentará realizar una comparación entre los años donde el PIB presentó una contracción respecto de lo acontecido por otros indicadores. El fin último es mostrar que las recurrentes crisis argentinas no son producto de desequilibrios internacionales de los cuales el país es un mero espectador secundario; sino que, por el contrario, las recesiones experimentadas son producto de nuestros propios demonios y la impericia de la administración de los fondos públicos por parte de la casta política.

En la primera parte se realiza un repaso histórico de las crisis que experimentó nuestro país, así como la evolución que mantuvo el PIB a lo largo de los años de estudio. Luego se comparan la actividad con la evolución del resultado financiero del sector público. Finalmente se presentan las conclusiones.

## **2. CONTEXTO HISTÓRICO DE LAS RECESIONES ARGENTINAS**

La economía argentina desde mediados del siglo pasado estuvo marcada por fuertes y constantes desequilibrios tanto de carácter económico, así como de orden político, social e institucional. Sin importar la edad que se tenga, todos aquellos que vivimos en este país recordamos algún escenario de fuerte devaluación del tipo de cambio, un período de aumento de la inflación, un discurso político marcado de un proteccionismo económico muchas veces tendiente a la autarquía comercial, una continua modificación de las reglas de juego que impiden la planificación de inversiones, restricciones cambiarias tendientes a crear múltiples tipos de cambio, controles de precios y salarios, entre otros.

A pesar de la vasta dotación de recursos naturales y de gran capital humano con la que cuenta el país, estas condiciones no fueron suficientes para garantizar un crecimiento sostenido en el tiempo. A diferencia de países con características naturales semejantes como Australia, Nueva Zelanda o Canadá, o incluso las restantes naciones de América Latina, que presentaron un crecimiento sostenido desde la década del '90, Argentina estuvo sumida en continuos vaivenes económicos.

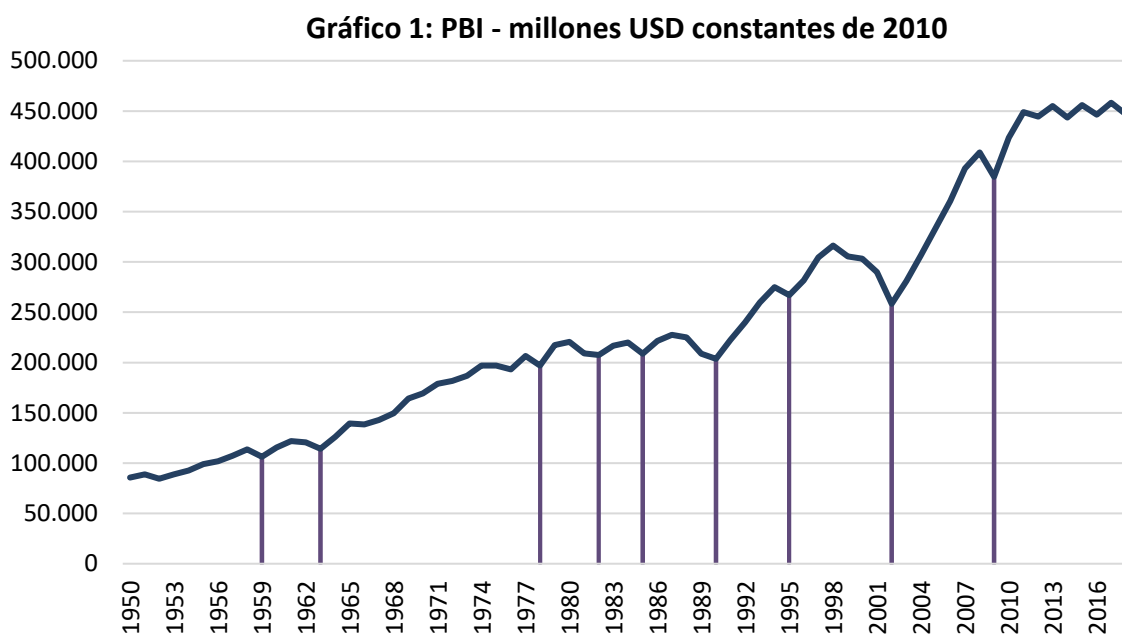
Desde el año 1950 el país sucumbió a catorce caídas del PIB, un récord que sólo es superado por la República Democrática del Congo, el único país del mundo que estuvo más tiempo en recesión. Como puede observarse en el Grafico (1), la mitad de dichas recesiones se concentran desde mediados de la década del '90 hasta la actualidad, período en el cual el PIB mundial solo mostró dos contracciones, la primera en 1995 con la crisis de las empresas ".com" y la otra en el 2008-2009 con la crisis de las "hipotecas subprime".

Una de las primeras cosas que resalta a la vista es la rigidez en las estructuras nacionales, no solo de carácter productivo, sino también en relación con la

organización industrial, el comercio, el marco jurídico y reglamentario, las relaciones laborales entre muchos otros aspectos.

Mientras países con una dotación de recursos y un perfil productivo parecido al nuestro realizaron desde mediados de la década de 1980 una serie de reformas fiscales, laborales, del sistema previsional, de las relaciones comerciales internacionales, Argentina batalla por permanecer en un mundo que ya no existe. Claros ejemplos son nuestras leyes laborales que fueron redactadas a fines de la década de 1930, basadas en las normas jurídicas establecidas en la “*carta del lavoro*” de la Italia Fascista, y que aún hoy con sutiles modificaciones sigue vigente.

Esta forma de estructurar la economía y los modos de producción y transacciones nunca estuvo en real cuestionamiento, a pesar de los muchos vaivenes políticos e institucionales que sufriera el país. Por ejemplo, las pocas veces que se plantearon aperturas de la economía al comercio internacional, nunca se llevaron a cabo en el marco de una reforma más amplia que incluyera una baja de la carga impositiva, una actualización de las relaciones laborales, una modernización de los medios de capital utilizados y un apoyo a una reconversión de la estructura económica a ramas de la producción altamente productivas.



Fuente: elaboración propia en base a datos publicados por el *Banco Mundial* (1960-2018) y “*Dos Siglos de Economía Argentina - Osvaldo Ferres*” (1950-1960).

Podemos observar que a lo largo del período analizado brilló por su ausencia el desarrollo de una plena economía de mercado, basada en la libre competencia tanto nacional como internacional. En contrapartida, puede verse el fortalecimiento de un capitalismo corporativista donde existe una asociación entre un sector del empresariado, argentino e internacional, y los distintos gobiernos para facilitar condiciones favorables de producción a costa de los consumidores locales.

No se distingue, como ya remarcamos, una actualización de las relaciones laborales que continúan basadas en convenios colectivos de trabajo por rama de la industria, en lugar de acuerdos entre empresarios y sindicatos según las condiciones y capacidades de cada firma. Tampoco es visible en este lapso una reforma completa del sistema impositivo nacional y de las provincias tendiente a la disminución de la cantidad y alícuota de los gravámenes recaudados, sino que, por el contrario, conforme avanza el tiempo podemos observar una complicación cada vez mayor de los mismos.

En este escenario surgen dos grandes familias de explicaciones a las continuas crisis y caídas del PIB. Por un lado, aquellas que ponen el foco en las condiciones internacionales y las que en una actitud infantil colocan al país en una situación de víctima frente a un mundo cada vez más convulsionado. En este escenario, el crecimiento del mundo desarrollado se realiza a costa de las economías que Prebisch denominaba *periféricas*, en una suerte de reformulación de la dialéctica marxista de explotación de la burguesía hacia el proletariado, pero a nivel internacional. Bajo esta visión existe una serie de países centrales que se dedican a producir bienes de capital y manufacturas de alto valor agregado, cada vez más favorecidos por los términos de intercambio internacionales, y países periféricos que deben contentarse con la explotación de recursos naturales de bajo valor agregado. El intercambio de unos con otros se da en condiciones altamente favorables para el primer grupo, condiciones que tienden a incrementarse a lo largo del tiempo según la hipótesis *Prebisch-Singer*.

La opción de los países periféricos para salir de esta trampa entonces es cerrar sus economías, comenzar un modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) y modernizar sus economías hacia un modelo altamente competitivo que les permita insertarse como países centrales en las relaciones de comercio internacional. El problema de este modelo son los cuellos de botella generados por la escasez de reservas que se produce al crecer una industria demandante de divisas que no exporta más rápido que el sector de bienes primarios que es el sustento de dólares de los distintos países. Cuando los desequilibrios macroeconómicos generados por estas condiciones se vuelven insostenibles, los países de la periferia recurren a fuertes devaluaciones del tipo de cambio que impacta en una suba de precios de los *commodities* exportables y esto termina afectando el salario real de la población. Ante esto, la caída del consumo local lleva a una contracción de la actividad económica que genera una recesión.

Por otro lado, y en contra de esta serie de explicaciones de las que no hemos hecho más que dar una breve reseña, surge una respuesta totalmente distinta que centra la responsabilidad de las crisis económicas nacionales en el contexto interno. En lugar de sugerir que es la inserción de la Argentina al entramado productivo internacional y los ciclos de "*stop & go*" los desencadenantes de las caídas del PIB, esta segunda familia de respuestas se centra en la desastrosa administración de los fondos públicos por parte de las autoridades políticas nacionales. Es el constante y pronunciado déficit de las cuentas públicas lo que lleva al país a una situación de incontables recesiones económicas y no la coyuntura internacional. Esta segunda visión es la que intentaremos respaldar en el siguiente apartado.

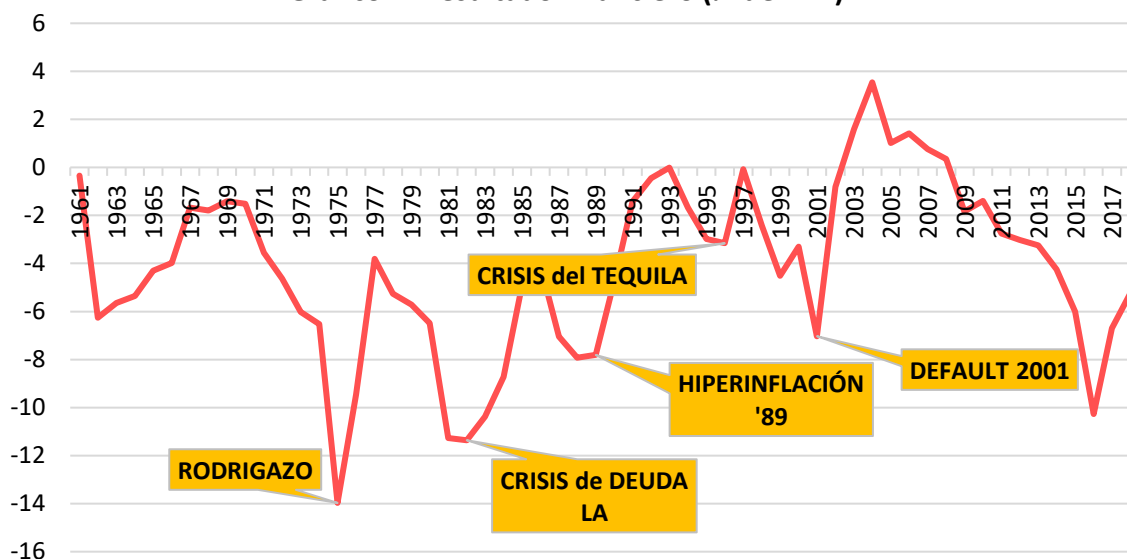
### 3. EL DÉFICIT FISCAL CRÓNICO

Una característica que se mantiene a lo largo del período analizado, independientemente del gobierno de turno, fue un déficit fiscal sostenido y pronunciado. Cuando se analizan los resultados financieros de los restantes países de la región desde mediados de los '90 a la actualidad, podemos encontrar tres grupos bien definidos.

En primer lugar, un grupo de países que oscilan entre superavitarios y deficitarios pero que tienen en promedio un balance con tendencia positiva o equilibrada, tales como Chile, Perú y Paraguay. En un segundo grupo encontramos las naciones que tienen déficits fiscales que oscilan entre el 1% y el 3% del PIB: Colombia, Ecuador, México y Uruguay. Por último, tenemos un tercer grupo de países que tienen un déficit fiscal crónico muy pronunciado, con valores que se encuentran en promedio por debajo del 5% del PIB, como Brasil, Bolivia, Venezuela y donde también se encuentra Argentina.

Ahora bien, si por otro lado analizamos la situación de los cinco países que lideran los rankings de libertades económicas, podemos ver un comportamiento muy distinto al que encontramos en América Latina. Así se puede observar que solo Australia se puede englobar dentro del segundo grupo de los países que presentan un déficit sostenido, pero bajo. Los restantes cuatro, Hong Kong, Singapur, Estonia y Nueva Zelanda, se encuentran ubicados en el primer grupo de países que presentan una tendencia superavitaria o cuanto menos de equilibrio fiscal.

**Gráfico 2: Resultado financiero (% del PIB)**



Fuente: elaboración propia en base a datos publicados por el *Banco Mundial* (1960-2018) y *“Dos Siglos de Economía Argentina - Osvaldo Ferres”* (1950-1960).

Una vez contextualizado el escenario en el que se enmarca Argentina en la región, ubicada dentro del grupo con peores resultados, podemos continuar con el caso particular de nuestro país. Como se puede observar en el Grafico (2) la tendencia que marca el comportamiento del sector público nacional es sumamente marcada y repetitiva. Se comienza el ciclo con un déficit relativamente bajo o prácticamente nulo que no supera el 2% del PIB.

A partir de ese momento se evoluciona a una nueva etapa, al principio paulatinamente para acelerarse en el corto plazo. Esta segunda etapa está caracterizada por un abuso descontrolado por parte de la administración pública de los fondos administrados, desembocando en un aumento extremadamente acelerado del déficit fiscal, llegando a alcanzar valores de hasta 14% del PIB. Así, en un período de tiempo relativamente corto, la economía se acerca a un punto máximo de desfaldo de las cuentas del estado. Como consecuencia de esta administración irresponsable de los activos del fisco se desata un proceso de desequilibrios macroeconómicos exponenciales.

La situación continúa volviéndose más compleja al recurrir a distintas formas de financiamiento para semejante sangría del Tesoro. Una vez que la estructura económica ya no puede sostener el nivel de déficit fiscal, se produce el quiebre que lleva a la disminución del balance negativo de las cuentas estatales, cerrando así el círculo. Todo el ciclo no tiene un período de duración mayor a 8 años.

Si comparamos los años donde se alcanzan los picos en el déficit consolidado con aquellos en los que se observa una caída del PIB, se puede ver que están relacionados. En todos los casos señalados, las recesiones económicas tienen lugar una vez que los déficits públicos se vuelven insostenibles y el Estado debe recurrir a una serie de ajustes de las condiciones macroeconómicas para disminuir el despilfarro de los años anteriores.

En la gran mayoría de los casos, este aumento del déficit fiscal es recortado abruptamente cuando se torna imposible el pago de los intereses de la deuda pública que financió los desequilibrios. La crisis de deuda de 1982, el default de la deuda en 1988 y el default de 2001 son ejemplos de lo que estamos ilustrando. En los restantes casos, cuando no se pudo financiar el déficit con deuda soberana, se recurrió a la emisión monetaria y el salvataje del Tesoro por medio del BCRA. Esto fue lo que devino en el conocido "*Rodrigazo*" y lo que permitió financiar el déficit un año más a fines de la década de 1980 y finalizó en un escenario hiperinflacionario.

De todas las recesiones mencionadas, las únicas se corresponden con un deterioro de las condiciones internacionales son la crisis del tequila de 1995 y la de las hipotecas "*subprime*" de 2009. Sin embargo, en ambos casos lo que se observa son correcciones de un déficit fiscal que no superaba el 3% del PIB producto de la imposibilidad del gobierno de turno de poder financiarlo y llevarlo a valores más pronunciados.

Alcanzado este punto se vuelve insostenible el financiamiento del déficit fiscal. Ya sea por un estallido hiperinflacionario, lo cual impide seguir financiando al Tesoro con emisión monetaria, o por una imposibilidad de hacer frente a los abultados pagos de

intereses de deuda, lo cual deviene en un default y la imposibilidad de refinanciar los pasivos.

En ese momento el gobierno se ve en la necesidad de reducir abruptamente el colosal déficit que se generó y recurrir a un ajuste económico que recae principalmente en el sector privado. Estos desequilibrios de las variables de la economía suelen resolverse con fuertes devaluaciones del tipo de cambio, una caída del salario real, la suspensión del pago a los bonistas que cierra la posibilidad de acceso a las Inversión Extranjera, un recorte del gasto público a partir de la suspensión de los aumentos salariales de los empleados del Estado o de los haberes jubilatorios, subas de alícuotas impositivas o creación de nuevos impuestos, reducción de los distintos subsidios a los servicios públicos que derivan en un aumento de tarifas, entre otros. Rara vez el ajuste proviene de una reestructuración de la infraestructura y el tamaño del sector público o una baja de impuestos que permita reactivar las condiciones del sector productivo.

#### **4. CONCLUSIONES**

A pesar de las grandes dotaciones de recursos naturales, el país ha estado sumido en un sinfín de recesiones económicas. Esta situación es una particularidad no solo en el mundo en general, sino también en la región. Mientras el mundo mantenía tasas de crecimiento sostenidas, interrumpidas únicamente durante la crisis de las empresas ".com" o la crisis financiera de las hipotecas subprime, la Argentina atravesó catorce recesiones y mostró un magro crecimiento económico en comparación con una gran cantidad de naciones.

Uno de los resultados más importantes que se ha encontrado es que la gran mayoría de estas recesiones son productos de desequilibrios macroeconómicos internos devenidos de una mala administración de los fondos públicos por parte de los distintos gobiernos. A diferencia de las posturas que colocan las responsabilidades en el deterioro de los términos de intercambio o la relación centro-periferia, pudimos observar cómo el aumento desproporcionado del déficit fiscal es el factor de relevancia.

La utilización de la emisión de deuda pública o la emisión monetaria para financiar un gasto consolidado que crece exponencialmente genera desequilibrios macroeconómicos en una parte importante de los casos son frenados por diversos controles de cambio, de precios y salarios para contener la inflación o en aumentos del stock de deuda pública.

Cuando la situación se vuelve insostenible estalla el conflicto económico ya sea de la mano de un default de la deuda pública o un escenario hiperinflacionario. En cualquiera de los casos lo que termina desencadenándose es un ajuste del gasto público por medio de un aumento de la carga al sector privado. Este saneamiento de las condiciones del país se vuelve un estado transitorio, en tanto la recuperación de la economía permite nuevamente el aumento del gasto público y su financiación con alguno de los mecanismos que habíamos nombrado anteriormente.



Podemos decir entonces que la historia de las recesiones argentinas está más relacionada con problemas que nos autoimponemos como sociedad. A diferencia de las posturas respecto a los boicots externos, principalmente de los países desarrollados, encontramos que es el aumento desmedido del gasto público y la necesidad de financiarlo con deuda o emisión lo que nos lleva a las continuas caídas del PIB.